

León de la Hoz

I

*Actúan, y se alejan
sobre la volcada ola del tiempo*

"Qué extrañas y peligrosas formas
nos navegan sin alcanzar definición.
Qué animales prisioneros del cuerpo
alimentamos con nuestras almas".
Se pregunta el amante que se acerca
por el túnel de sombras caprichosas
al círculo de luz donde lo espera
el cuerpo condenado a su deseo.

El otro, el predilecto, la víctima,
sin saberse disputado por los dioses
humildemente sufre el amor prohibido,
mientras viste sus disfraces de reo
para hacer tangible la desnudez.
A la noche febril, mortal, sacrifica
su desvelo de ser una joven florista
que deja cortar claveles en su seno.

Uno es el héroe que salva su alma
en el cuerpo apetecible del esclavo,
el otro es el mártir que se siente morir
en cada encuentro de vidas inventadas.
Intercambian los instrumentos del placer,
el que entrega las vísceras mordidas,
y el que adopta formas y semejanzas
en las manos enemistadas del amigo.

Más allá del abrigo de la lámpara,
 que derrama fecunda luz sobre ambos,
 está la deforme compañía de la nada,
 la estéril sensación de no existir.
 Cada gesto, cada mirada o caricia
 son las sublimes y milagrosas ofrendas
 de los cuerpos que florecen ocultos
 del miedo y el dolor de ser a solas.

II

Inmóvil, me aficiono al lecho solitario

El amante está aparentemente solo con su memoria.
 En secreto vuelven a acompañarlo amigas, quizás muertas,
 que nunca le devolvieron el saludo ni la mirada.
 Mas hoy el recuerdo de aquellos labios silentes
 se detiene con un leve y excitante susurro en su oído,
 y el olor y el sabor de los cuerpos juveniles
 le protegen cubriendo su cuerpo menesteroso.
 Va llamando a cada una con nombres de frutas
 que entran a su boca perpleja por un placer infantil.
 Las caricias que le otorga borrando lo banal del tiempo
 son las mismas que quiso en la estación más tierna.
 Ebrio de vacío y conocimiento de lo que nada tiene,
 finge como si las manos de ellas lo arrastraran
 a la oscuridad de una época que creyó marchita,
 y esas manos nuevamente hermosas son las suyas
 que se aferran ansiosas a las horas de vértigo.
 El viejo amante ya no está solo en la fría noche
 de la habitación donde se vio morir abandonado.
 Él intuye entre aquellas criaturas de su deseo
 que una de las sombras, la más sensitiva y bella,
 empieza a reparar lo ido del tiempo y las cosas

donde años atrás ambos se cruzaron sin saludar,
 y cierra los ojos para ver que su propio cuerpo
 se rehace como un encaje en esas otras manos.
 Cada deseo se repite igual a los días que pasaron.
 Se ve echado en el sofá, ante la ventana abierta,
 mirando desde los brazos de ella el río que se aleja,
 y escucha las confidencias de la siempre esperada
 que se estremece íntima y distante como una estrella.

III

Oh, Señor, que no haya tanta belleza

El amante que esperaba escribir un verso
 más hermoso que el cuerpo de la amada,
 se ha quedado sin palabras capaces de revelar
 el prodigio que únicamente su cuerpo recuerda.
 Logrará sentir, pero no podrá decirnos
 aquello, innombrable, que tuvo un instante
 como la luz y la imagen entre las manos.
 Semejante a la bestia frente a la sangre
 siente que la belleza lo sacia y le da fuerzas
 para bautizarla con adjetivos, nombres de flores,
 pero en cada intento se le escapa de los dedos.
 El amante mira al cielo buscando la respuesta
 que le ayude a escribir el verso más sublime
 que rescate del olvido el esplendor de su amada.
 Quiere dejar escrita una muesca en lo eterno,
 ese filo de hielo que rodea el agujero del tiempo
 por el cual caerá la carne fugaz al matadero.
 Sin embargo la eternidad no repara en la belleza
 del cuerpo que por un segundo supera a la muerte.
 Sólo el amante si no pensara con palabras
 podría hacernos comprender que cuanto importa

es el milagro de algo que pueda hacernos temblar:
el olor, el sabor, el color, la textura de la amada
que nadie más será capaz de mostrarnos.

En eso puede estar la grandeza del amante.

El amante insiste en nombrar lo nunca visto,
en comparar la ficción con lo sacro y lo pagano.

Encima de la hoja, blanca y limpia como un mantel,
cree poner a la amada desnuda como una rosa.

Pero la belleza es un adorno, frío, quebradizo
mientras el cuerpo pueda sentir al otro cuerpo,
el olor, y el brillo de la saliva en la curva del vientre
dulce, invisible de la gloria que no entendemos.